

## ROSAURA LA DEL GUANTE



### RELACIÓN

*de lo que sucedió en Sierra Morena a una señora llamada Rosauro  
y a su amante don Antonio Narváez, naturales de Córdoba.*

#### PRIMERA PARTE

A olvidar tristes memorias  
y a divertir pensamientos  
salí, pues, una mañana  
cuando abril de flores lleno  
circunda con sus fragancias  
los valles, montes y cerros.  
Alegre yo caminaba  
de un bosque por el sendero,  
cuando me senté cansado  
a orillas de un arroyuelo

que con sus puros cristales  
al bosque sirve de espejo;  
bien pronto ya reposado  
íbame cogiendo el sueño,  
cuando mi atención llamó  
un raro y extraño objeto  
que arrastrado por el agua  
deslizábase ligero.  
Era un guante, que cogí  
y sacudí para verlo.

1. 27. 767

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA  
MADRID

Encontrándole, ¡oh asombro!,  
todo de bordados lleno  
con hilo de plata y oro,  
y en un escudo un letrero,  
que en letras gordas decía:  
«SOY DE LA HIJA DE VENUS.»  
Confuso quedé al mirarlo,  
y discurriendo que el dueño,  
más arriba quedaría,  
y que aquél pulido objeto  
era prenda de mujer,  
y de mujer de provecho,  
seguí la fresca corriente  
en su busca, con esmero,  
cuando ví a muy pocos pasos,  
y a orillas del arroyuelo,  
a una dama que, por bella,  
más que mujer era cielo.  
Confuso quedé al mirar  
un tan divino portento,  
y escondido entre unas matas  
pude admirar placentero  
su rico traje de seda,  
su manto de terciopelo,  
su sombrerito de raso  
y la gracia de su cuerpo.  
Mi curiosidad y asombro  
aumentaban por momentos,  
cuando observé que la dama,  
el guante echando de menos,  
se levantó caminando  
a orillas del arroyuelo  
hasta que llegó a mi lado,  
y quitándome el sombrero  
el guante la presenté  
con palabras de respeto.  
La dama, en vez de admirarle,  
miró a su espalda con miedo,  
y con acento confuso,  
y trémulo y macilento,  
cayó a mis pies de rodillas  
exclamando: — Caballero,

si puede haber quien me ampare  
hágalo usted, por el Cielo.  
Yo la dije: — Hermosa dama,  
poco valgo y poco puedo,  
pero mande usted, que al punto  
la obedeceré. ¿Qué riesgo  
la amenaza aquí?, ¿qué teme?,  
¿por qué se halla, según veo,  
sola en el bosque?, ¿quién puede,  
señora mía, ofenderos?  
Y la dama suspirando  
fijó en mí sus ojos bellos  
y díjome apresurada  
y con ademán inquieto:  
— Nací en Córdoba, señor,  
y es mi padre un caballero  
noble y rico, pues posee  
la encomienda de Carrero  
y tiene una hermosa quinta,  
cuatro leguas, poco menos,  
de Córdoba, en estos montes;  
y viniendo de paseo  
yo sola, hace tres días,  
con un criado, el Averno  
dispuso que en este monte  
casi de repente viésemos  
acercarse hacia nosotros  
a un animal corpulento.  
Era un oso que rugía  
de satisfacción al vernos,  
porque su terrible hambre  
saciar esperaba presto.  
Yo di un grito y vine a dar  
desmayada en el terreno,  
mientras el criado huía  
del oso feroz corriendo;  
pero, ¡ay de mí, cuando Dios  
me fué el sentido volviendo,  
vi junto a mí los despojos  
mortales de mi doméstico,  
y al oso que me miraba  
feroz, con ojos sangrientos.

Creí morir, y mi alma  
encomendé al Dios del cielo,  
cuando, ¡oh milagro divinol,  
cógeme el oso y ligero  
huye conmigo a este bosque  
y dejándome en el suelo,  
me presenta cariñoso  
y manso como un cordero  
panales de miel y cera,  
blancos, virginales, tersos.  
Desde entonces, cuidadoso,  
él provee a mi alimento,  
y solamente se enfada  
cuando escaparme pretendo,  
enseñándome sus dientes  
y amenazándome fiero.  
Esto es lo que me sucede,  
y ahora, por Dios, a usted ruego  
que se aparte del peligro,  
porque si el oso sangriento  
ve a usted junto a mí, es seguro  
que nos mata, caballero.  
— Tranquilizaos, señora,  
la contesté; yo no debo  
dejar a tan bella dama  
abandonada; yo tengo  
buena escopeta, y mi brazo  
no temblará en este riesgo;  
puede usted, pues, sosegararse  
y acompañarme, que presto  
el monte habremos dejado  
y a Córdoba llegaremos.  
Y al decir estas palabras  
echamos a andar ligeros,  
cuando de pronto en el bosque  
oyóse un ronquido fiero  
y el oso salió cual rayo  
que cruza el cárdeno cielo.  
Yo me estremecí, y la dama  
tembló, pues el oso, viendo  
que huía su prisionera,  
corrió hacia nosotros fiero,

dando rugidos de muerte,  
las mandíbulas batiendo.  
Yo conocí qué llegado  
era el momento supremo,  
y cogiendo la escopeta,  
poniendo en Dios el deseo,  
dando un tirón al gatillo  
el plomo salió siniestro  
y su ronquido ocultóse  
en el encrespado pecho  
del oso, que vió dos fuentes  
de sangre teñir el suelo  
y dió dos pasos, y al fin  
cae en tierra sin aliento.  
Entonces la hermosa dama  
me echó los brazos al cuello  
y agradecida a mi arrojo,  
me dijo con tierno acento:  
— Si usted es libre y no tiene  
a quien amar, yo le ofrezco  
mi mano y mi corazón  
de este gran servicio en premio  
Yo agobiado de mi dicha  
caí a sus plantas contento  
y estrechando sus dos manos,  
acepté su ofrecimiento.  
Entonces dióme una cinta,  
diciéndome al mismo tiempo:  
— Tome usted en mi memoria  
esta cinta, que conservo  
para el que fuera mi esposo,  
y si no quiere creerlo,  
ella dirá la verdad  
y quedará satisfecho.  
Guarde usted también el guante  
que encontró en el arroyuelo,  
pues es posible que un día  
pueda usted valerse de ello;  
si es usted, cual me figuro,  
un cumplido caballero,  
de esta aventura sabrá  
guardar profundo secreto,

y mañana allá en mi quinta  
esperaré a usted, si puedo,  
en una reja que tiene  
el escudo de mis deudos.  
Yo volví a jurarla amor  
y a ofrecerla mis respetos,  
cuando vimos acercarse  
al monte unos caballeros  
que eran, según me indicó,  
su padre, hermanos y deudos  
que atribulados corrían  
buscándola por el cerro.  
Separéme a sus instancias,  
y la vi marchar bien presto  
al lado de su familia,  
que lloraba de contento;  
mientras confuso en el bosque  
me quedé mirando al cielo,  
como si en él ver pudiese  
la dulce faz de mi dueño.  
Al cabo de media hora  
llegué a Córdoba contento,  
y la cinta examinando,  
vi que tenía un letrado  
que decía en letras de oro:  
*El que de esta fuere dueño  
también será de Rosaura  
esposo, si quiere el Cielo.*  
Quedé alegre con la cinta,  
y una tarde, cuando Febo  
en la vecina montaña  
ocultábase ligero,  
monté en mi potro brioso,  
y marché donde mi anhelo  
vivía, llegando en breve,  
dándome alas el deseo.  
A un árbol até el caballo,  
y con prudencia y secreto  
recorrí toda la quinta,  
hasta que ya quiso el cielo  
mostrarme el balcón do estaba  
de mi amor el dulce dueño.

Al verla me estremecí  
de alegría y de contento,  
pero Rosaura, llorando,  
me dijo entre sus lamentos:  
— Si quiere usted ser mi esposo  
y que nos bendiga el Cielo,  
sáqueme usted de mi casa  
porque sé, ¡hados adversos!,  
que ha prometido mi padre  
mi mano a un caballero.  
Sombrio y triste escuché  
tal noticia, y ya colérico  
iba a escalar el balcón  
para salvar a mi dueño,  
cuando la ingrata Fortuna  
su rostro me volvió negro,  
y un criado de Rosaura  
al verme, fuese corriendo  
a dar la noticia al amo,  
y al punto se previnieron  
los que estaban en la quinta  
con palos y armas de fuego,  
saliendo para matarme  
como a un ladrón, cual un perro.  
Entonces me eché a la cara  
mi escopeta o hice fuego,  
hiriendo a los dos hermanos  
de Rosaura, y conociendo  
que era ya cosa imposible  
el salir con el empeño  
de libertar a mi amante,  
me escapé de todos ellos.  
Fui donde estaba el caballo,  
monté en él, y, como el viento,  
camino tomé de Córdoba,  
llegando cansado y muerto  
de pena, triste, agobiado  
y el corazón de amor lleno.  
Quise volver a buscar  
a Rosaura, pero el Cielo  
no quiso darme el placer  
de ver su rostro tan bello,

pues supe que enfurecido  
su padre con el suceso  
ya dicho, en obscura noche  
la sacó con gran misterio  
de la quinta, y nadie supo

por dónde ni a dónde fueron.  
Del modo que yo quedé  
considerélo el discreto,  
y en otra segunda parte  
daré fin a este suceso.



## PARTE SEGUNDA

*que trata de cómo terminaron los sucesos amorosos de doña Rosaura  
con su amante don Antonio.*

Ya dije en la primer parte  
cuánto sufrió mi amor propio  
al saber de mi Rosaura  
el viaje misterioso.  
Triste y cabizbajo estaba  
sin comprender de qué modo  
adquiriría noticias,  
cuando ideé, cauteloso,  
comprar de un criado suyo  
el secreto a peso de oro,  
y supe por este medio  
(según me lo dijo el mozo)  
que a Madrid se la llevaron,  
pues su padre, avaricioso,

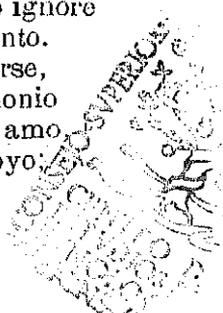
proyectaba el casarla  
con un caballero mozo  
que era muy rico, y estaba  
de ella enamorado, loco.  
Al saber tales noticias,  
prevéngome bolsillo de oro,  
y en la Fortuna fiado,  
listo en camino me pongo,  
y de Córdoba saliendo  
llegué a Madrid presuroso.  
Entré en la corte una tarde  
quedándome triste, absorto,  
al ver por sus anchas calles  
tanta gente y alborozo.

porque buscar a Rosaura  
en sitio tan populoso  
era lo mismo que hallar  
del Océano en el fondo  
una aguja o una concha  
en su centro cavernoso.  
En fin, haciendo el deseo  
de mi esperanza un meteoro  
para alumbrar con sus rayos  
mis esfuerzos amorosos,  
hospedéme en una fonda,  
en la que dormí en reposo,  
despertando al día siguiente  
lleno de alegría y gozo.  
Salí a la calle corriendo,  
examinándolo todo;  
los balcones de un palacio  
registré muy cuidadoso,  
pues como Rosaura era  
encanto tan prodigioso,  
me pareció que en palacio  
depositarla era poco.  
Mi mala ventura quiso  
que no viera a quien adoro  
por calles ni por paseos,  
por edificios famosos,  
ni en las casas donde pude  
introducirme con modos.  
Tres meses así pasaron,  
¡meses de amargura y odio!,  
y ya iba a dejar la corte  
de amor y de pena loco,  
cuando pasé a despedirme  
del lucero prodigioso  
de Atocha, sagrada Reina,  
Madre de Dios, Trino y solo.  
Una tarde entré en su templo  
a rezar por la que adoro  
y a suplicar a la Virgen  
que si de Rosaura esposo,  
para mi bien, Dios quería  
que fuese, viera mi gozo

cumplido, dándome medios  
de encontrarla presuroso.  
Esta petición la hice,  
y Dios, que escuchó mis votos  
como oye los que le ruegan  
con anhelo fervoroso,  
hizo un milagro, sin duda,  
pues un milagro fué sólo.  
Dos coches por el paseo  
trotaban a paso corto,  
y mis miradas dirijo  
de uno de los dos al fondo,  
y sueños creí que eran  
lo que en él vieron mis ojos.  
¡Rosaura iba allí!... El alma  
estremecióse de gozo,  
y, dando gracias al Cielo,  
seguí al coche presuroso  
hasta llegar a un palacio  
de arquitectura un tesoro,  
y en su puerta, del carruaje  
bajó Rosaura con todos.  
Aturdido de alegría,  
me acerqué a un portero, ansioso  
y preguntándole afable,  
si aquella dama de rostro  
bellísimo era de Córdoba,  
díjome: — Señor, ha poco  
que de Córdoba ha venido  
esa joven, aunque ignoro  
su nombre, pero es sobrina  
de mi amo, el marqués de Soto,  
y aquí ha venido a casarse  
con un banquero famoso.  
La noticia del portero  
pagué con moneda de oro,  
y triste, al saber tal nueva,  
volví a mi cuarto lloroso.  
Discurriendo el mejor medio  
para hablarla, ideé pronto  
una intriguilla, que amor  
me aconsejó ingenioso.

Compré en una joyería  
cuatro cintillos de oro  
muy ricos y un cofrecillo  
de plata y de nácar todo.  
Metí dentro los cintillos  
y el guante que en el arroyo  
perdió Rosaura, y la cinta  
que en premio dió de mi arroyo  
cuando la libré en el monte  
de ser víctima del oso.  
Hecho así y resolviéndome  
como buen amante a todo,  
en el nombre de su padre  
la escribí con sobre propio:  
«Hija Rosaura, te envío  
cuatro cintillos de oro,  
y la cinta que me diste  
y el guante que en el arroyo  
perdiste hace tres meses,  
y en esa cajita todo  
te lo envío con su llave,  
que te entregará ese mozo.»  
No puse más, y con esto  
cerré la carta, y ansioso  
llegué a casa de Rosaura,  
y abríome un paje donoso  
a quien dije: — Amigo mio,  
de parte de don Antonio  
de Carrero, que reside  
en Córdoba, traigo un poco  
de recado a una señora,  
y allá me dijeron como  
residía en esta casa.  
— Caballero, dijo el mozo,  
no es posible en este instante  
la hija de don Antonio  
pueda usted ver. — Por ahora,  
le dije, deseo sólo  
que la deis esta cajita,  
y que mañana, a las ocho,  
si algo desea decirme  
para el señor don Antonio,

volveré, porque yo marché  
a Córdoba lo más pronto:  
Cogió el portero la caja,  
y yo me volví gozoso  
a la fonda, presintiendo  
ser feliz de allí a muy poco.  
Al otro día, apenas  
la aurora tiñó de rojo  
el cielo, fuíme a la casa  
del dueño que tanto adoro,  
y poco después la joven  
apareció ante mis ojos.  
Pasmada quedó al mirarme,  
salióle el color al rostro,  
y me dijo: — Caballero,  
doy a usted gracias por todo,  
y a mi padre puede darle  
mis recuerdos afectuosos,  
y dígame que ejecute  
todo cuanto aquí dispongo  
lo antes posible, pues quiero  
verme a su lado muy pronto.  
Y al mismo tiempo con risa  
que mi alma llenó de gozo  
dióme una carta cerrada  
dejándome mudo, absorto;  
fuíme de allí; en la calle  
apenas me encontré solo,  
leí la dichosa carta  
que decía de este modo:  
«Aunque en nombre de mi padre  
me escribe usted, sin rebozo,  
el guante y la cinta dicen  
que es usted mi dulce esposo.  
Ya que por medio tan sutil  
ha conseguido, y no poco,  
verme y hablarme, no ignore  
el peligro que está pronto.  
Mañana ha de celebrarse,  
sepa usted, mi matrimonio  
con el hombre que no amo  
que es de mi tío el apoyo;



pero ya que en el arroyo  
juré no admitir esposo  
más que a usted y mi ternura  
a usted pertenece solo,  
espero a usted esta noche  
a las doce, cauteloso,  
y en una reja que tiene  
dos palmas, le espero pronto,  
pues esa reja que digo  
es de mi retiro propio.  
De tres varas una cuerda  
traerá usted, pues es forzoso  
que baje desde el balcón,  
y aunque el riesgo bien conozco,  
prefiero morir en él  
a ser víctima del oro  
y esposa ser del banquero,  
a quien aborrezco y odio.»  
Al leer esta misiva  
créime ya volver loco,  
y obediéndola ciego  
sus instrucciones en todo,  
compré la cuerda, y después  
de amor palpitando y gozo,  
cuando ya la media noche

daban los relojes todos,  
fuíme a casa de mi bella,  
hice la señal, y a poco  
salió al balcón mi Rosaura  
pidiéndome el envoltorio  
de la cuerda, y la arrojé;  
la sujetó bien y pronto,  
y con valor admirable,  
y con denuedo animoso,  
por ella bajó atrevida  
y en mis brazos, ya gozoso,  
la recibí delirante,  
marchándonos de allí pronto;  
al otro día salimos  
para Córdoba briosos,  
y un mes después el obispo,  
como padre cariñoso,  
enterado en sus detalles  
de nuestro amor tan heroico,  
mandó que nos desposaran,  
lo que fué hecho bien pronto,  
aceptándome por hijo  
poco después don Antonio,  
con lo que felices hoy  
vivimos reunidos todos.

FIN

